

cia, el dos de Agosto, mandando á los Obispos de Asís de Perusa, de Tovi, de Fulgino, de Noserá, de Espoleto y de Guvio, que la promulgasen solemnemente el día de San Pedro Ad vincula y consagrasen la capilla de Nuestra Señora de los Ángeles. El día señalado, los siete obispos y San Francisco, subieron á un tablado que se había dispuesto junto á la puerta de la Iglesia: una multitud inmensa, ansiosa y recogida se agrupaba en torno de ellos. El Santo despues de haber referido el origen y excelencia del favor que había recibido, extendió un pergamino y leyó estas palabras: Yo os quiero hacer entrar en el Paraíso. Os anuncio una indulgencia plenaria que he alcansado de la bondad de Dios, y de boca del Sumo Pontífice. Todos los que visiteis esta Iglesia contritos, confesados y absueltos por un sacerdote, recibiréis entera remision de la pena debida á vuestros pecados; y sucederá lo mismo todos los años perpétuamente, respecto de aquellos que visiten este lugar teniendo las mismas disposiciones. Yo quise que esto durara por ocho días; pero no lo pude obtener. Los obispos al escuchar que el Santo había anunciado una indulgencia perpétua, determinaron reducirla al espacio de diez años. Guido fué el primero que tomó la palabra, y no pudo dejar de decir que la indulgencia duraría perpétuamente. Lo mismo sucedió á los otros seis Prelados que hablaron en seguida, reconociendo en esto la misericordiosa voluntad de Dios, que de esta manera procuraba la salud de las almas que había redimido

á costa de su sangre (1).

## CAPITULO VIII.

*Salida para Roma.—Alrededores de Asís.—Roma.—El Vaticano.*

\*  
\* \*

Era el 29 de Setiembre, y Avelar y yo dejando la Patria de San Francisco, partimos, para Roma en el tren de las 11 de la mañana. Los alrededores de Asís son muy fértiles y hermosos; y así sigue el camino hasta llegar á la campiña romana, que es muy estéril; y desagradable. Llegamos á la Capital del mundo católico á las cinco de la tarde, sin que ninguna impresion notable viniera á disipar, la indiferencia que sin saber por qué causa, se había apoderado de nosotros. ¿Sería, acaso, porque la eterna ciudad, no estaba ya bajo el imperio de los Papas, ó porque su belleza material no es por cierto, la más encantadora? No lo sabemos; el hecho fué que entramos por las puertas de Roma, como todo profano; y siento, en verdad, decirlo, porque yo esperaba que mil hermosos recuerdos, agrupándose en mi mente, despertarian mi fe, haciéndome exhalar un suspiro en el cual la piedad, el dolor y la esperanza,

(1) Cherancé, vida de S. Francisco, C. IX.

confundiéndose en un mismo sentimiento, me harían llorar, ó bien con triste y dolorosa pena, ó con la dulce resignacion del sufrimiento cristiano; pero no hubo para nosotros, esperanza ó dolor, ni lágrimas ningunas.

Instalados en la Pension Francesa, pensamos luégo visitar la Basílica de San Pedro, y así lo hicimos, teniendo que pasar por calles; y más calles, muchas de ellas, estrechas, y todas de mal olor; pues la atmósfera de Roma es casi insoportable; y la travesía es molesta por los coches y carretones que á cada momento detienen á los transeuntes, y los obligan á andar con mucho cuidado para evitar un golpe.

Hemos llegado á la plaza de San Pedro, que es una elipse de inmensa extension, terminada por dos espaciosas galerías de 4 hileras de columnas cada una. En medio de la elipse se levanta un obelisco; y á uno y otro lado hay dos fuentes que arrojan el agua á 40 piés de altura, y forman sin cesar dos inmensos globos de blanquísima espuma. Contemplamos un momento su belleza y avanzamos hácia la Basílica. La escalera que la precede se compone de veintiuna gradas, con descansos intermedios; pero no es cierto como se ha dicho, que cada escalon sea una ancha calle: son de la medida ordinaria y comun. Á uno y otro extremo de la escalinata, en su parte inferior, están las estatuas de San Pedro y San Pablo.

La fachada de San Pedro no es gallarda ni esbelta; sino solamente llena de majestad y grandeza: parece á

primera vista que es demasiado ancha con relacion á su altura. Esta fachada tiene cinco puertas que dan entrada al vestibulo del templo; y este tiene otras tantas que dan paso al interior: entramos, pues, por la que teníamos delante: y adoramos al Señor en el más grande y hermoso de los templos católicos; "allí donde se encuentra el sepulcro de San Pedro y el trono del Papa, el fundamento de la fe, la razon de todo progreso, la fuerza de todo adelanto; la luz de la verdad, la ciencia de la vida; la fuente de la gracia; donde se ha reunido la iglesia decente: lugar que tanto han venerado los santos, y en él cual hallaron remedio y perdon los pecadores."

\*  
\* \*  
\*

"La Basílica de San Pedro es un templo grandioso, imponente y muy bello. Visto desde la puerta principal, admira desde luégo su inmensa extension, y aún más que esto, arrebatada la armonía del conjunto: todo en él se corresponde con una proporcion en verdad muy perfecta.

"La Basílica, dice un viajero librepensador del siglo pasado, á la primera ojeada no parece ni grande ni pequeña, ni alta ni baja, ni larga ni estrecha: la enor-

midad de su recinto se aprecia sólo por relacion cuando se examina una capilla y se la encuentra grande como una catedral, cuando se mira con detención una figurilla cualquiera al pié de una columna, y se repara que el dedo más corto tiene las dimensiones de un puño: todo este edificio, añade, por la admirable justedad de sus proporciones, tiene el privilegio de reducir á su justo valor las cosas más desmesuradas: si esta mole no produce en el primer instante una gran emoci6n en el espíritu, es por su excelente y rara singularidad de no hacerse notar por singularidad alguna; todo en él es sencillo, natural, augusto, y por consiguiente sublime. Lord Byron ha grabado en admirables estancias de su *Childe-Harold* la impresion que le produjo el templo Vaticano. Para apreciarlo y comprenderlo en su grandeza, no basta pasear una ni varias veces la at6nita mirada por sus naves, y por sus capillas, y por sus monumentos de todo género, es preciso volver y volver: repetir las visitas á la luz esplendorosa de la mañana y á la luz tibia y serena de la tarde: ver aquel recinto en día de gran concurrencia, cuando cincuenta mil personas llenan sus ámbitos, y verlo en las horas de la soledad, cuando apenas se percibe entre sus naves el ruido de las pisadas de un peregrino; es preciso familiarizarse con las columnas, y con las estatuas, y con los sepulcros; conversar con las sombras de tantos varones ilustres como allí ostentan la grandeza de su genio; y así, renovando siempre la dulzura de las impresiones, se llega á dominar

el conjunto maravilloso de aquella obra maestra del poder humano.

“Desde el umbral donde estamos á la extremidad de enfrente, hay más de 186 metros de distancia: la bóveda de la gran nave de en medio, que nos cobija, á 45 metros de altura, tiene más de 28 de amplitud: allá á lo léjos, la nave transversal que forma la cruz latina, mide 137 metros. Los grandes pilares, que á una elevacion de 117 metros, sostienen la cúpula, como si dijéramos el templo de la Rotonda, tienen 19 metros de anchura máxima: cada uno de estos cuatro pilares es la medida exacta de un convento con su iglesia (San Carlino), que visitaremos en el Quirinal.

“En los cuatro gigantescos pilares de la cúpula hay otras cuatro estatuas colosales que guardan perfecta relacion con los cuatro altares contruidos para guardar las cuatro reliquias mayores de la Basílica, son á saber: mirando al templo desde la puerta de ingreso, la primera á la izquierda, la estatua de San Andres, obra muy notable del escultor flamenco Duquesnoy (el Fiamingo); enfrente la de San Longino, que tiene en la mano la lanza con que fué traspasado el pecho del Salvador, esculpida por Bernini; más arriba, completando el cuadro, á la izquierda, la Verónica, que muestra el santo sudario, estatua de Mochi; y enfrente la de Santa Elena, que lleva en la mano la cruz y los clavos de la pasion. Sobre cada una de estas estatuas hay en los cuatro pilares un balcon ó tribuna adornada con dos columnas espirales de mármol blanco, proce-

dentes de aquellas doce antiquísimas que Constantino hizo poner junto á la Confesion de San Pedro; y sobre cada tribuna se ve un mosaico grandioso que representa un evangelista: San Márcos, San Lucas, San Mateo y San Juan (en el orden de correspondencia con las estatuas enumeradas) se asoman, digámoslo así, á los cuatro ángulos de la cúpula como anunciando desde la más solemne altura las más altas verdades; las figuras son de siete metros; la pluma de San Lucas, que desde el pavimento apenas llama la atención, tiene más de metro y medio de longitud. Antiguamente en cada uno de los grandes nichos de los pilares se guardaban, como hemos dicho, reliquias muy veneradas: la cabeza de San Andres conservada en Constantinopla y remitida en el siglo xv por el emperador Tomas Paleólogo el papa Pío II: la *lanza* hallada por Santa Elena y enviada á Inocencio VIII por Bayaceto: el santo sudario (*Volto Santo*) depositado á principios del siglo viii por Juan VII en un altar de la Basílica primitiva: la *cruz* formada del *lignum Crucis* traído por Santa Elena. En la actualidad tres de estas reliquias (Santo sudario, Santa Cruz y Lanza) se conservan en el gran pilar de la Verónica, y desde su tribuna son ofrecidas á la pública veneracion el juéves y viérnes de la Semana Santa: en el nicho, que da sobre la estatua de Santa Elena, está en una especie de oratorio, la cabeza de San Andres, sustraída en 1848 y recuperada al punto por misteriosa y providencial manera. Á la feliz llegada á Roma de esta reliquia, cua-

tro siglos hace, se refiere un hermoso templete que todavía existe fuera de la puerta del Popolo (antigua via *Flaminia*), construido por Barozzi de Vignola, á expensas de Julio III; y más directamente aún el oratorio que todavía se llama *SAN ANDREA á Ponte Molle*, á la derecha de la misma via, con la estatua del Santo Apóstol esculpida por dos maestros florentinos, discípulos de Philarete: hizolo construir el cardenal Piccolomini, sobrino de Pío II, para recuerdo de la solemne fiesta allí celebrada el 13 de Abril de 1462, al recibir el dicho Pontífice, de manos del cardenal Besarion, la santa reliquia traída de Oriente, y con la cual se verificó desde Santa María del Popolo al Vaticano, una de las más imponentes procesiones de que da cuenta la historia de la Roma cristiana.

\* \* \*

“Los nichos de los pilares en toda la longitud de la nave, hasta el ábside, y en las tribunas laterales, están ocupados por estatuas, tambien colosales, de los fundadores de órdenes religiosas: interesante cuadro de la historia del cristianismo. Comenzando, desde la puerta, la fila de la derecha, aparece en primer término Santa Teresa de Jesus, gloria de España; si-

guen San Vicente de Paul, prodigio de caridad, y San Felipe Neri, el apóstol de Roma, y San Cayetano de Thiena, el austero padre de los teatinos, y San Jerónimo Emiliani, fundador de los *Somaschi*, consagrados á la enseñanza de la juventud, y San Bruno, el gran asceta del siglo xi que instituyó la orden de los cartujos; y el ilustre aragonés, San José de Calasanz, el piadoso autor de las Escuelas Pías; y San Elías, patriarca del orden carmelitano, y San Francisco de Sales, el maestro de la vida espiritual, y San Francisco Caracciolo, el varón apostólico cuyo instituto de clérigos regulares abraza la vida activa y la vida contemplativa, y por último, en la tribuna de la cátedra, el gran Santo Domingo de Guzman, enfrente de San Francisco de Asís, dos figuras celestiales, de quienes dice Dante en el canto xi del *Paraíso*:

*L'un fù tutto serafico in ardore,  
L'altro per sapienza in terra fù  
De cherubica luce uno splendore.*

“Á la izquierda, la serie de fundadores comienza también por un español ilustre, San Pedro Alcántara, reformador de la orden franciscana en el siglo xvi, regulador de la *estricta observancia*; más adelante se ven San Camilo de Lelis, italiano, el ángel de los desvalidos; San Ignacio de Loyola, español cuyo nombre y

cuyas obras y cuya institucion llenan, puede decirse, el siglo xvi; San Francisco de Paula, el portento de humildad, que excogitó para sí y para sus religiosos el dictado de *mínimos*; San Juan de Dios, honor de Portugal, héroe cristiano de los hospitales; San Pedro Nolasco, gloria española, el mercenario redentor de cautivos; Santa Juliana Falconieri, la ilustre dama florentina fundadora, á principios del siglo xiv, de la orden que habia de llamarse de los *servitas*; San Norberto, *potens in opere et sermone*, el solitario de Premonstre, fundador en el siglo xii de la orden de premonstratenses; San Benito, lumbrera del siglo vi, el gran monje de Occidente y gran operario de la civilización del mundo; Santa Francisca Romana, que instituyó en el siglo xv la orden de las *oblatas*; San Alfonso Ligorio, el teólogo insigne de los tiempos modernos, obispo ejemplar é infatigable, fundador de las misiones del *Santo Redentor*; y por último, San Francisco de Asís, que como ya hemos dicho, reproduce junto á la cátedra de San Pedro, enfrente á Santo Domingo de Guzman, el feliz encuentro en Roma, seis siglos hace, de los dos campeones de la fe que difunden sobre la tierra la luz del verdadero renacimiento, los caballeros de la Virgen y de la Paz: San Francisco de Asís, el poeta de la oracion y del amor, y Santo Domingo de Guzman el institutor del Rosario, el fundador de la orden de *predicadores*.

\*  
\* \*

“Una magnífica balaustrada circular, de mármol de colores, donde constantemente brilla la luz de más de cien lámparas de metal dorado, guarda la bajada al venerando lugar de la sepultura de San Pedro. En el fondo está el primitivo oratorio erigido por San Anacleto. Cuando á fines del siglo xvi el arquitecto della Porta, encargado de las grandes obras de reconstrucción de la Basílica, avisó á Clemente VIII que se habia dado en la profundidad de los cimientos con la abertura, desde la cual se descubria el sepulcro de los apóstoles, el Pontífice, acompañado del sabio Belarmino y de otros dos cardenales, bajó al subterráneo y pudo ver á la luz de los hachones, la cruz de oro puesta un dia por Costantino: mandó cerrar el muro á su presencia y el antiguo altar quedó intacto. Entónces el Papa dispuso construir encima otro magnífico altar, que es el que puede ahora verse al pié de las gradas de mármol en el fondo de la *Confesion*. El plan de la Basílica de Costantino, los engrandecimientos de épocas posteriores, la reedificación del siglo xvi, todo se ha subordinado al culto y reverencia de aquella sepultura; todo ha tenido que girar al rededor de aquel centro, que lo es á la vez misma de la iglesia Vaticana y de la Iglesia universal. Diez y ocho siglos hace que

arde en los ámbitos de aquel subterráneo la llama de la misma caridad, y exhala su perfume el incienso de la misma fe. Ni las obras del cuarto siglo, ni las de la Edad Media, ni las de los últimos tiempos, han modificado la genuina y fundamental configuración de aquella cripta, separada hoy, como ántes, en dos cuerpos, superior é inferior: al primero se llega por la magnífica doble rampa de mármol, de diez y siete escalones: allí está el altar de donde se toman los palios para los arzobispos de la cristiandad: en el fondo del primitivo oratorio está el monumento sagrado del Príncipe de los apóstoles. Allí descansa el fundamento del edificio católico; la piedra del Evangelio sobre que debia de asentarse el reino de los espíritus. De todos los lugares santos de Roma, ninguno acaso despierta recuerdos más interesantes, ni produce emociones más vivas que aquel insigne relicario, embellecido y adornado en el trascurso de los tiempos, con todos los primores que el arte supo excogitar, con toda la riqueza y esplendidez de que fueron capaces pontífices y reyes. En aquel monumento, que ha escuchado las oraciones y ha recibido las lágrimas de diez y ocho siglos; tras unas puertas de bronce y bajo el altar más antiguo de la cristiandad, está una parte de los restos mortales de San Pedro y San Pablo; otra parte está en la Basílica Ostiense: las cabezas de los dos apóstoles se veneran en San Juan de Letran. Consérvase con respeto la piedra sobre la cual hizo el papa San Silvestre la particion de los sagrados despójos. Ante las puertas de la Con-